

Testamento de gratitud

Reconocimiento

“Maestro de la medicina uruguaya”

El profesor Daniel Murguía fue designado como “Maestro de la medicina uruguaya” en un emotivo acto, realizado el 21 de octubre, en el salón principal del Ministerio de Salud Pública. El título fue otorgado por la Asociación Médica del Uruguay, la Asociación Médica Argentina y la Fundación Prensa Médica Argentina. La trayectoria de Murguía fue presentada por uno de sus queridos alumnos, el Prof. Dr. Héctor Puppó Touriz. La placa que testimonia el justo reconocimiento fue entregada por el Dr. Elías Hurtado Hoyos, presidente de la Asociación Médica Argentina (AMA). Pocos minutos después, todavía conmovido, Murguía se hizo tiempo para el humor. “No vayan a pensar que me creo lo del título. Estoy seguro de que las asociaciones médicas empezaron a buscar entre los psiquiatras y no tuvieron más remedio que llamarme. ¡Claro, si soy el más viejo!”

El reconocimiento contó con la presencia del decano de la Facultad de Medicina, Prof. Dr. Luis Calegari; el director de Salud del MSP, Prof. Dr. Eduardo Touyá; el presidente de la Academia Nacional de Medicina, Prof. Dr. Antonio Borrás; el presidente de la Asociación Médica del Uruguay, Dr. José Blasiak; el presidente de la Asociación Médica Argentina, Dr. Elías Hurtado Hoyos y el representante de la Fundación Prensa Médica Argentina, Dr. Pablo López. En el auditorio participaron figuras de la salud mental de todo el país, representantes de la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay, docentes y estudiantes de la Facultad de Medicina, funcionarios del Hospital Vilardebó, pacientes y familiares.

El conmovedor discurso del maestro de psiquiatras, de noventa años, recorrió aspectos salientes de su vida familiar, estudiantil, universitaria y profesional. El mismo homenajeado lo definió como un “testamento de gratitud”.



“No puedo menos que manifestar mi profundo agradecimiento, a la Asociación Médica del Uruguay, a la Asociación Médica Argentina y a la Fundación Prensa Médica Argentina, por el dignificante título de Maestro de la Medicina. También agradezco a mi querido alumno y dilecto amigo, el profesor Héctor Puppo Touriz, quien prefirió, en su generosa presentación, destacar logros obtenidos, pero los manifestó con tal énfasis que hasta parecían más valiosos de lo que fueron en realidad. Lo hecho fue numeroso, es cierto, pero el número se explica porque también han sido muchos los días vividos. Tuve la dicha de arrancar muchas hojas del calendario de la vida...

Cuando supe que iba a ser propuesto para esta distinción, mi primera reacción fue declinar, porque pensé y sigo pensando, que hay otros colegas con los mismos y más merecimientos. Pensé y sigo pensando que actuó mucho una corriente de simpatía, una indulgencia para con mis errores y, quizá, un propósito generoso de brindarme, todavía en vida, un original homenaje póstumo.

Luego de esa primera reacción de declinar todo homenaje, pensé nuevamente, y vi que era una oportunidad muy valiosa para agradecer públicamente a todos los que influyeron en mi perfil personal, profesional y científico. Entonces, derivo esta distinción a todos aquellos que de una u otra forma moldearon mi personalidad. Por esto mismo, lo más justo es quitar del olvido, aunque sea por un momento, a esas personas que tanto hicieron por mí. Y lo hago con un relato testimonial, mi testamento de gratitud.”

Una madre vareliana

“Lo primero que deseo rescatar es la imagen de mi familia. Siempre creí que la familia es un verdadero taller donde se modela la personalidad del niño que luego será adulto. La familia cuenta con la gran ventaja del tiempo compartido, cuando es bien empleado. Y tiene una herramienta, que no es ni el reto, ni el desafío, ni el castigo: la gran herramienta es el ejemplo.

Mi familia fue una familia ejemplar, sin mensajes dobles ni contradictorios. En primer lugar, debo destacar la imagen de mi madre. A ella le debo, más que a nadie, todo lo que pude lograr en la vida. Fue una educacionista, que hizo una larga carrera en Enseñanza Primaria, solo interrumpida por los pocos años de su matrimonio. Mi padre falleció cuando yo aún no había cumplido dos años. Mi madre trabajó duramente. Realizó tareas escolares, inspectivas, fue ascendiendo siempre por concurso, redactó textos y programas. Dedicó buena parte de su tarea a dignificar la educación de sus niños, a mejorar la calidad de vida de sus familias y las de sus compañeros docentes. Fue conferencista. Participó en todos los congresos de las primeras décadas del siglo, referidos al niño y sus derechos. Fue una docente universitaria, que dejó su marca en la Universidad de la República, dando clases de Matemáticas en la denominada Universidad de Mujeres. Dio clases en el Instituto Normal, sobre pedagogía y moral. Tuvo una gran sensibilidad para el arte. Siendo muy joven mereció un primer premio, medalla de oro, en un certamen cultural que por entonces se llamaban “Juegos Florales”. Publicó luego, bajo seudónimo, en revistas literarias.

Desde muy joven dedicó su vida a defender, arduamente y con ahínco, los derechos de la mujer. En las primeras tres décadas del siglo XX, participó de todas las asociaciones feministas del Uruguay y la región. Fue una figura notable del magisterio nacional, que actualmente es injustamente desconocida.

No fue profesional universitaria para no enfrentar los prejuicios de sus padres. Había resuelto estudiar una carrera liberal, pero para evitarles un disgusto, no por sumisión, sino por amor filial, dio marcha atrás en su objetivo. De haber cumplido su sueño, tendríamos que ponerla al lado de figuras intelectuales de la primera década del siglo, como Luisa y Paulina Luisi, Isabel Pintos de Vidal, las doctoras Armand Ugon, Alustiza y Volonté, entre otras.

Tuvo una rara precocidad. Corría la década de los setenta, del siglo XIX, cuando José Pedro Varela organizó una competencia entre

las escuelas de Montevideo para comprobar si se había captado y materializado su método educativo. Entre las escuelas que se presentaron había una dirigida por una gran maestra vareliana de la época: Aurelia Viera.

Una de las dos medallas de oro que entregó Varela, correspondió a la escuela de la maestra Viera. Ese honor sería recordado sesenta años después por la propia educacionista, en un reportaje del profesor Juan Carlos Sabat Pebet, publicado en el diario El Día. Contó toda su interesante carrera, hasta llegar al episodio de la medalla de oro. Recordaría que, cuando se presentó en la competencia, ni soñaba con ganar tal distinción. Pero hizo posible tal hazaña, una niña muy inteligente de gran rapidez mental, que acertaba todas las respuestas, aun cuando cursaba segundo año escolar. Esa niña era mi madre: Luisa Guarnaschelli de Murguía.

Era cariñosa, tierna, protectora, pero sin sobreproteger. Siendo una maestra de nota, jamás utilizó su influencia para favorecerme, ni me ayudó en las tareas escolares más allá de los límites éticos. Actuaba así porque pensaba que podía superar las dificultades por mí mismo. Ella sabía que me dejaba dos instrumentos de vida: una alta autoestima y buena capacidad de razonamiento independiente.

Me dio una lección de vida sublime, incomparable. La vi trabajando duramente, desde mi niñez, con responsabilidad y vocación infinita. Administraba el hogar austero de una joven viuda. Esa experiencia profunda fue una suma de estímulos subliminales que modelaron mi personalidad. Aún hoy continúo llevando la misma vida de austeridad, réplica de lo que fue mi madre.”

El “Vasco” Murguía

“De mi padre tengo la imagen que me entregó mi madre, porque falleció cuando apenas tenía veinte meses de nacido. Ella se encargó de contarme una y mil veces cómo había disfrutado mi venida al mundo. De él supe que había armado proyectos para compartir

su vida conmigo y que tenía ingenuas esperanzas puestas en ese recién nacido.

Murguía era un farmacéutico hijo de vascos, que había abandonado la carrera de Química poco antes de terminarla, por conflictos con un profesor. Como era un vasco duro se juró que no seguiría hasta que no se resolviera lo que consideraba una injusticia. Lamentablemente, la muerte lo encontró muy joven.

Mi madre colocó una foto ampliada de su amado esposo en la cabecera de mi cama. De él tengo una imagen de figura mítica, de protección en la debilidad, de guía en la dificultad y de reflexión aun en los buenos momentos. Más de una vez, cuando estuve a punto de flaquear en un proyecto, fueron las expectativas ingenuas de mi padre las que me dieron fuerza y valor. No podía defraudar su memoria.

Fueron algunos tíos de Montevideo los que de alguna forma ocuparon el papel paterno, pero fueron dos del interior, uno radicado en Nueva Palmira y otro en Melo, médicos de profesión, que marcaron mi vida para siempre. Cuando ni soñaba con serlo, recibí sus ejemplos de servidores generosos, humanitarios, filantrópicos y queridos por sus enfermos. Mis primos también fueron médicos. Cuando me recibí no dudé en tomar sus modelos éticos: ineludible responsabilidad al límite de la obsesión. Fue la imagen del médico que conocí desde la niñez.”

Escuela de democracia

“Como buen hijo de docente vareliana, asistí siempre a escuela pública. Recuerdo con mucho cariño a todas las maestras, en especial a la que tuve en tercer y cuarto año: Carmen Lorenzo. La volví a encontrar muchos años después, siendo ya médico de un familiar suyo, y ella estando casada con un amigo. Es increíble, pero no lo supe hasta ese momento.

En la escuela recibíamos una verdadera lección de democracia, algo que no se encuentra en ningún tratado de filosofía ni de política.

Era la experiencia vívida de la igualdad, la tolerancia y el respeto por el otro. Lo aprendimos en el momento más crucial de la vida, cuando la personalidad todavía es dúctil. Allí convivían compañeros de todos los niveles económicos, sociales y culturales y de todas las ideologías y credos. Así fuimos formados, sin discriminación, asumiendo naturalmente que todos tenemos los mismos derechos y las mismas responsabilidades.”

Eduardo Palma y García Otero

“Todos mis profesores me dieron lo mejor de sus conocimientos y fueron ejemplo de dignidad universitaria. El primer docente que tuve en la Facultad fue un estudiante avanzado, un poco mayor que yo, disector del Instituto de Anatomía. Fue un ejemplo para mi vida estudiantil y profesional. Mantuvimos una sincera y fraterna amistad. Era nada menos que el profesor Eduardo Palma.

En Clínica Médica fui alumno nada menos que de Julio César García Otero. ¿Qué más se puede decir de él? Tenía una enorme experiencia clínica y una incomparable capacidad docente. Me enseñó medicina, pero también me enseñó a enseñar medicina. Lo recuerdo en dos circunstancias que me marcaron como universitario. Viéndolo actuar en clase aprendí la metodología que debe seguir un docente como transmisor de una ética y un pensamiento médicos. García Otero tenía una justa imagen de disciplina y austeridad que volcaba en los jóvenes. Siempre iniciaba el estudio semiológico del enfermo, y no lo abandonaba hasta arribar a un diagnóstico exacto. Recién después ascendía al plano fisiopatológico, para comprender qué trastorno fisiológico sufría la persona. Ese era su método, infalible en sus manos, de comprender la patología. Siempre traté de seguir su ejemplo. Un docente no es solamente un comunicador de información, sino que, además, debe provocar interés, inquietud y deseos de aprender. García Otero nos enseñaba a pensar, porque cada enfermo es un caso singular dentro de la generalidad. No es correcto diagnosticar a

partir de una comparación genérica con un texto. Cada paciente merece un diagnóstico personalizado.

Lo recuerdo por una segunda circunstancia. Fui dos años interno de su cátedra. Era un hombre reservado, que demostraba pocas emociones, pero su conducta trasuntaba siempre una profunda afectividad y mucho cariño. El aprecio de García Otero me dio seguridad personal, aumentó mi autoestima y me creó un sentido de responsabilidad. Jamás me ocultó sus expectativas personales sobre mi trabajo. Me puso, con su ejemplo, ante la obligación ética y moral de no fracasar en un diagnóstico.”

Juan Carlos Plá

“Fui como jefe de clínica al servicio del profesor Juan Carlos Plá en el Hospital Pasteur. Era un hombre amable, talentoso, experimentado, de notable intuición. Me guió en la aplicación de conceptos teóricos de la práctica clínica. Siempre digo, no sin orgullo, que Plá fue mi maestro. Pero fue algo más: mi amigo. Me abrió las puertas de su hogar. Fui amigo de Plá y su familia. Compartimos muchas veces la mesa familiar. Otros grandes no fueron mis maestros directos, pero me dejaron enseñanzas por su fecunda capacidad de diálogo: los profesores Herrera Ramos y Piaggio Blanco.”

Navarro, Nin y Silva, Larghero y del Campo

“En cirugía mi primer maestro fue el doctor Alfredo Navarro, un gran clínico y cirujano, que me dio las primeras nociones en clínica quirúrgica. Pero mi examen de clínica quirúrgica lo preparé con los doctores Julio Nin y Silva y Rodríguez Esteban. Con Nin y Silva tuve una amistad de familia, y con Rodríguez Esteban tuve una relación muy honda, que comenzó en la clínica y perduró hasta sus últimos días.

Siendo practicante interno de Salud Públi-

ca, compartíamos las guardias con cirujanos notables como José Pedro Otero, Cendan y otros. También recuerdo a dos figuras señeras, como los cirujanos de urgencia Pedro Larghero y Juan Carlos del Campo, quienes de por sí transmitían una imagen de respeto y ejemplo médico.”

Morquio, Carrau y Luis Praderi

“En Pediatría asistí a las últimas clases del Dr. Luis Morquio, un verdadero genio de la medicina, en todo sentido. Fui practicante interno del Hospital Pedro Visca, en el servicio del Dr. Antonio Carrau, quien, cómo olvidarlo, había sido mi pediatra.

El doctor Carrau era un hombre culto, con gran experiencia de vida. No era docente de facultad, pero le gustaba impartir docencia entre su personal. Me enseñó mucha pediatría, pero, sobre todo, me enseñó a ser humilde, con su gran ejemplo. Era una persona que valía muchísimo humanamente, y tenía una modestia que lo hacía aun más grande como médico y ser humano.

Mi jefe inmediato en la sala del Visca fue el Dr. Luis Praderi. Era una figura arquetípica, un individuo muy serio, sereno, que por sí mismo imponía respeto. Demostraba una vocación y una responsabilidad inquebrantables. Era muy reservado, pero sus fuentes emocionales brotaban cuando se indignaba. Se indignaba cuando venían cuidadores del Consejo del Niño, trayendo niños del asilo Dámaso Larrañaga, cuando se les había asignado el cuidado en su propia casa. Traían a los chiquitos para morir en el Visca. La indignación de Praderi tenía raíces de amor y generosidad. Era la indignación del ser humano sensible que nada podía hacer para rescatar esas pequeñas vidas. Era muy crítico con la organización pública que atendía a la niñez desamparada. Lo dejaba muy mal comprobar que la indiferencia condenaba a la muerte a decenas de niños. Esa misma rebeldía lo llevó a corregir esa dolorosa irregularidad cuando fue presidente del Consejo del Niño.”

Martínez, Sicco y García Austt

“En Psiquiatría mi primer maestro fue el doctor Walter Martínez, que no era docente de facultad, pero que daba cursos libres auspiciados por el servicio. Fue mi profesor en ausencia del gran Santín Carlos Rossi, exiliado en la Argentina por la dictadura de Terra. Martínez me hizo un apasionado de la Psiquiatría.

Luego tuve a otros dos notables profesores: Antonio Sicco y Elio García Austt. Sicco era un hombre talentoso, original, con gran vocación docente. Organizó la cátedra sobre la base de un concepto de amplitud metodológica muy superior al que regía por entonces la enseñanza de la medicina. Su constante estado de creatividad e iniciativa lo hicieron un adelantado, por lo menos diez años, en las tendencias docentes no solamente de Uruguay, sino también del mundo. Era delicado, afable y sencillo. Tan delicado para hacer una observación, que siempre elegía el momento más apropiado y reservado. Cuando daba una orden, parecía que estaba sugiriendo. Jamás nos hacía pasar un mal momento.

García Austt era un humanista. Nos asombraba con sus conversaciones sobre temas históricos, filosóficos y sociológicos. Tenía una versación, una visión intelectual y una elocuencia, que transformaba una simple charla de café en una pequeña conferencia.”

Cardoso, Yannicelli y Sarli

“Siempre participé en los grupos de compañeros sintiéndome amigo. Siempre encontré una entrañable reciprocidad. Puedo decir, con orgullo, que jamás hice distinción entre compañeros mayores, de la misma generación o menores, a pesar de que son mis alumnos. La Asociación de Estudiantes de Medicina me permitió conocer a compañeros mayores que me dieron una idea de lo que era la proyección social del estudiante, el médico y el docente. Mantuve una fraterna amistad con los queridos doctores José Pedro Cardoso y Ricardo Yannicelli. Con ellos aprendí de gremia-

lismo y recibí sus ejemplos de luchadores sociales. No los seguí en la pasión política. Me quedé con la profesión.

Otro amigo mayor dilecto fue el doctor Domingo Sarli, un gran pediatra, director del asilo Dámaso Antonio Larrañaga. Un verdadero ejemplo de fervor, en su lucha por rescatar a esos niños abandonados de la muerte. Sus mayores logros fueron haber separado a los pequeños con trastornos neurológicos o psiquiátricos que eran castigados por sus compañeros, haber recuperado a tantos jovencitos con conducta antisocial. Logró la promulgación de una ley que llamó de Salario Social Infantil, con la que podía prevenir la internación asilar con muy pocos recursos. Aunque hoy parezca increíble, hace cuarenta años se internaba a un niño porque se le habían roto los zapatos y sus padres no tenían plata para comprarle otros. Sarli pudo corregir esa barbaridad con pequeños aportes económicos para familias económicamente limitadas.”

Fortunato Ramírez y Reyes Terra

“De mis compañeros de generación recibí un ejemplo de empeño y fervor, siempre mayor que el mío. Muchos otros me provocaban admiración por sus carreras docentes rápidas y brillantes. Recuerdo a los compañeros de generación y de generaciones próximas, con los que compartí la tarea de practicante de guardia en los hospitales. Diariamente, debíamos enfrentar problemas difíciles de resolver, que nos sorprendían con poca experiencia. Vivíamos, constantemente, una dura sensación de duda y angustia. Pero nos apoyábamos mutuamente, y salíamos adelante con responsabilidad. Recuerdo a Manlio Ferrari, Justo Olmos, Mosera Cassanello, Cesalino Silvera y algún otro.

Un gran referente de la época fue el doctor Fortunato Ramírez, quien llegó a ser grado 5 en Psiquiatría. Comenzamos juntos nuestras prácticas psiquiátricas. Fortunato se había formado en Neurología y eso lo hacía un excelente concursante para el cargo de jefe de la Clínica Psiquiátrica. Por mi parte, también me preparaba para concursar, pero desde la Medicina Legal.

Otra persona que quiero recordar es el Dr. José María Reyes Terra. Con él preparamos el concurso de Profesor Agregado, concurso difícil, lleno de problemas administrativos, burocráticos, displicencias de los tribunales que tenían que juzgarnos. Muchas veces estuvimos desalentados; individualmente hubiéramos abandonado la empresa. Juntos, nos reconfortábamos y ayudábamos mutuamente, soportábamos las dificultades y nos íbamos superando en nuestros logros. Las circunstancias nos separaron, pero mi corriente amistosa hacia Reyes Terra siempre se mantuvo.”

Los alumnos

“También recuerdo con cariño a las generaciones menores, mis alumnos. Fueron muchísimos. Tengo casi sesenta años de docencia continua, desde épocas de estudiante que actuaba en Medicina Legal. Con esos estudiantes tuve una relación muy buena, muy favorable. Muchos de ellos me proporcionaron apoyo, aliento, me sirvieron mucho para mejorar mi actitud docente. No solamente con su apoyo, sino también con su crítica. Tuve la satisfacción de ver a algunos de ellos triunfar en la vida privada, algunos actuando en el extranjero en institutos importantes, en otros países del mundo y en nuestra facultad, alcanzando los grados máximos en distintos cargos, grados 5 en distintas cátedras, como triunfadores inapelables.

Quiero citar una parábola de Rodó: «La despedida de Gorgias». En la parábola, Gorgias era un filósofo griego, como Sócrates, condenado a muerte. La última tarde de su vida, estaba con sus discípulos que le decían y afirmaban que nunca iban a abandonar sus ideas, que siempre lo iban a seguir, que nunca lo iban a olvidar. Cuando caía la tarde y se acercaba la hora del sacrificio, pues estaba condenado a beber la cicuta, levantó su copa y formuló un brindis: «Por quien me venza con honor en vosotros». Ese mensaje era un llamado a continuar su obra y a superarlo.

Recuerdo esta parábola porque alguna vez en mi vida ocurrió que algún estudiante que fue mi discípulo en un momento de su carre-

ra, con el correr de los años fue mi jefe, mi director, mi grado 5 de la cátedra. Esto me pasó en Medicina Legal con Arzuaga y en Psiquiatría con Puppo Touriz. Siempre recuerdo la parábola de Rodó.”

Los pacientes

“Otro capítulo que tengo que recordar es la relación con los enfermos. Esa masa de enfermos, masa anónima. Enfermos de los hospitales, mutualistas y privados, con ellos uno aplica conocimientos teóricos. Esa masa de enfermos que a uno lo elige, lo acepta y lo sigue, que lo quiere, que le agradece, que a veces se hacen amigos, profundos amigos. Esos enfermos no solamente son importantes para mi autoestima, sino que además me dieron una lección que no está en ningún libro. Me enseñaron el síntoma raro, anormal, excepcional que a veces tienen las enfermedades comunes y me enseñaron también la alteración o respuesta anormal, especial, extraordinaria, original que a veces tiene un medicamento en una persona determinada. Esa enseñanza es lo que da valor a la experiencia, que no tiene un valor absoluto por sí, por su valor numérico. La experiencia tiene valor por esos casos aislados y singulares que se dan en gran número. Eso se lo debo a mis enfermos.”

La mentira piadosa

“Quiero decir algo de mí. (Risas del público). Desde los últimos años de mi carrera universitaria seguí un paralelismo en dos disciplinas médicas: Medicina Interna y Psiquiatría. Después de graduarme continué ejerciendo, paralelamente, las dos disciplinas hasta que el desarrollo vertiginoso que tuvo la Medicina me llevó a la conclusión de que no podía mantenerme actualizado en ambas; me tenía que reducir a una sola. Entonces, definitivamente, abandoné el ejercicio de la medicina interna. Ese paralelismo me llevó siempre a mantener la idea de que la persona humana es una cosa integrada, indestructi-

ble, que no puede atomizarse. Alma y cuerpo son aspectos fásicos, una cosa única.

Siempre estuve convencido de que las enfermedades psiquiátricas tienen un sustrato biológico subyacente. Algo que en los primeros años de mi carrera era postulable pero no demostrable. Ahora se ha demostrado que el hecho sí se da. Esa actitud me llevó siempre a hacer un cuidadoso estudio médico del enfermo psiquiátrico, pensando si no había una enfermedad orgánica que condicionase su descompensación psicológica.

Muchas veces ocurrió que a un enfermo que venía a consultarme por un síntoma banal de la esfera psicológica, le encontraba una enfermedad orgánica mucho más importante que el enfermo ignoraba o que tenía algunos síntomas pero no le prestaba atención. Ante un enfermo psiquiátrico con una enfermedad orgánica definida, siempre recordaba que esa persona tenía una vivencia subjetiva, espiritual y que esa enfermedad que podía ser del estómago, del hígado, del pulmón, de alguna manera, podía repercutir en su bienestar, en su tranquilidad, en su ansiedad, en sus temores y siempre tenía para el enfermo orgánico, además del tratamiento, algunas palabras de aliento, de esperanza.

Algunas veces, frente a lo inexorable del destino, a alguna enfermedad, necesariamente fatal, emití la mentira piadosa, entendiendo regalarle a ese enfermo condenado, unos días o semanas de esperanza. Y alguna vez, también, el enfermo al que emití esa mentira piadosa, cuando lo encontré al final de su vida y ya no cabía mentira, me hizo el reproche consiguiente. No me arrepentí de haberlo hecho, de haberle mentado, porque escamoteé ese tiempo al destino fatal, unas semanas, horas o días con mi mentira piadosa.”

Contra la derrota social y existencial

“Finalmente, dos situaciones en las que yo encontré una máxima gratificación: una en el terreno de la docencia y otra en el terreno del ejercicio de la medicina. En la docencia me ocurrió alguna vez que una persona que



yo desconocía, que era médico o había sido estudiante de medicina, se me presentaba y me decía: “Yo a usted lo conozco, porque nos dio una clase en tal fecha (y decía la fecha), de tal tema y nos pareció muy buena.” Se deshacía en elogios. Alguna vez, un médico que iba a hacer un postgrado de Psiquiatría, al entrevistarlo el profesor y preguntarle cómo había resuelto su vocación por la psiquiatría, él decía que había sido luego de una clase que había escuchado y la clase la había brindado yo. Era una satisfacción muy grande para mi narcisismo.

En la actividad médica, me ocurrió muchas veces, actuando en asistencia externa, que concurría a un llamado de urgencia en horas de la madrugada. Si era en la capital, en una casa de inquilinato; o si era en la zona suburbana, en una casa muy humilde, desordenada, con una luz que apenas dejaba en penumbra las esquinas. Todo un escenario de derrota social y existencial. Y ahí estaba la víctima, todavía lo recuerdo, rodeada de personas angustiadas, que estaban pendientes de lo que pudiera pasar; era una escena patética, en un ambiente de desolación. Si podía resolver la situación, o al menos alejar el riesgo inme-

diato y mucho más si podía tranquilizar a la persona y darle una esperanza; me gratificaba al ver que la persona atormentada se tranquilizaba, se esperaba, y que aquella gente que me había recibido con un gesto de dolor y sufrimiento distendía su rostro y me ofrecía una sonrisa de gratitud. Salía de esas situaciones con una alegría exultante.

Era joven, creía que la medicina me daba omnipotencia. Sentía esa vivencia de la omnipotencia. Y ahí terminaba de actuar, como demiurgo, cambiando una situación trágica, dolorosa, patética, con unas palabras, como recurso terapéutico, a una situación de placidez. Sentía una alegría muy grande, pero no repercutía en mi narcisismo egoísta; eso tocaba vetas mucho más profundas de solidaridad, de misericordia y de amor.

Nuevamente, a la Academia Médica Argentina, a la Academia de Medicina del Uruguay, a los representantes de Salud Pública. A todos ustedes que me honran con su homenaje y su presencia, gracias, muchas gracias.” (Aplausos)

